

DIDACTICA DE LA HISTORIA: ALGUNAS IDEAS PRÁCTICAS PARA UNA CLASE ACTIVA

Carlos Landázuri Camacho

Hace algunos meses pude escuchar una interesante conversación entre algunos empleados de una prestigiosa entidad del sector público en Quito sobre la utilidad de los estudios secundarios. Uno de ellos, una eficiente secretaria de unos 28 años, decía que lo que le había servido de su educación secundaria eran las materias de especialización: taquigrafía, mecanografía, archivo, inglés. Lo demás había sido prácticamente inútil. Le interrumpí para preguntarle específicamente si las clases de historia le habían sido de algún provecho y me contestó que no. Ni siquiera se acordaba sobre qué habían tratado esos cursos, pero sí recordaba que en ellos se aburría, que no hallaba sentido a la memorización de tantos nombres, datos y fechas, que ella olvidaba después del examen final.

La opinión de esa joven burócrata supone un fuerte cuestionamiento a toda una práctica educativa libresca y memorística, explícitamente en lo que se refiere a la enseñanza de la historia. Su opinión oculta también, desde luego, una actitud exageradamente utilitarista, pero sería injusto tratar de eludir ese cuestionamiento fundamental transformando la discusión en un debate entre posiciones filosóficas diversas. Así, pues, este artículo pretende, en primer lugar, enfrentar directamente el tema del propósito de la enseñanza de la historia en escuelas y colegios y, luego, el de la metodología con que debería ser enseñada.

I. ¿PARA QUÉ ENSEÑAR HISTORIA?

Para comenzar, señalemos claramente que el propósito de la enseñanza de la historia no puede ser el de memorizar datos sobre el pasado de un pueblo: ni las culturas aborígenes, ni los límites de la Real Audiencia de Quito según la cédula real de 1563, ni los nombres de los presidentes del Ecuador republicano. Todas esas listas y muchas otras, aprendidas con frecuencia fuera de contexto y por lo mismo casi sin sentido, han sido en demasiadas ocasiones el terror de

los estudiantes y, a veces, el instrumento del "control" o la venganza en manos de algunos profesores.

Pese a lo que dejamos anotado, también hay que aclarar que la memoria es uno de los componentes más importantes de la inteligencia humana y por lo tanto bien vale la pena cultivarla y ejercitarla, al contrario de lo que parecerían mantener ciertas escuelas pedagógicas que tan olímpicamente la menosprecian. Pero ello no significa, insistimos, que el propósito central del estudio de la historia sea el memorizar datos, ni que el mejor estudiante sea el que más información pueda repetir.

En definitiva, la historia es el estudio del pasado para entender el presente y, en último término, para entendernos a nosotros mismos. Se trata, pues, de una disciplina esencialmente formativa, cuya tarea fundamental, más que la de enseñar al futuro bachiller a hacer algo concreto, es la de motivarlo a ser de una cierta manera y a pensar de un modo que difícilmente adoptaría quien nunca la hubiera estudiado.

Tratando de concretar lo expresado, podríamos decir que el estudio de la historia persigue o debería perseguir ciertos objetivos básicos:

1. Lograr una comprensión y un compromiso más profundos con la realidad contemporánea.

No estudiamos el pasado por el pasado, como haría el anticuario que valora más un mueble antiguo que uno nuevo, precisamente por ser antiguo. Estudiamos el pasado, ya lo hemos sugerido, porque sin ese estudio no es posible entender el presente. El presente no es algo que haya aparecido de pronto, con sus características establecidas caprichosamente; por el contrario, es un todo complejo y dinámico, que se ha ido gestando a lo largo del tiempo y que continúa naciendo todavía. Sin entender ese proceso de gestación, esa historia, se nos escaparían muchas de las dimensiones más profundas de la realidad.

Además, el presente, nuestra realidad social, no es exactamente un objeto externo que podamos estudiar de la misma manera que podríamos observar un insecto con una lupa. Más bien es como la atmósfera que nos envuelve y en la cual vivimos, que en parte nos determina pero sobre la cual también influimos necesariamente. Por ello el estudio de la historia no solo debería llevar a comprender el presente, sino, además a comprometernos con él, con los demás hombres, para mejorarlo.

2. Desarrollar el sentido crítico, el respeto por la verdad, la honestidad intelectual.

El estudio de la historia está lleno de verdades incompletas, de datos contradictorios, de conclusiones polémicas. Todo lo humano se suele mover en una infinita gama de grises, que va desde el blanco al negro, pero donde es infrecuente encontrar cualquiera de esos dos colores en estado puro. Por ello, el estudioso de la historia tiende a evitar el dogmatismo y a buscar la verdad a

la vez con rigor y con humildad.

En los cuentos infantiles existen los buenos y los malos; en la historia, no. La frontera entre el bien y el mal no pasa entre el norte y el sur, ni entre el este y el oeste; no divide a pobres de ricos, ni a unas razas de otras, ni a las clases sociales entre sí; pasa por el medio de todo corazón humano. Por eso resulta deleznable la figura del historiador como juez (el "Tribunal de la Historia") que dicta sentencias inapelables sobre personajes, pueblos y épocas. Su verdadera misión no es la de juzgar, sino la de comprender y explicar.

Adicionalmente hay que tener en cuenta que para poder formar su criterio sobre los acontecimientos históricos, el joven historiador necesita leer diversas narraciones y textos. Por ello, el estudio de esta disciplina es un estímulo poderoso para desarrollar la capacidad y el gusto por la lectura.

3. Desarrollar la capacidad de síntesis

El estudio de la historia supone una evaluación constante de los diversos datos para determinar cuáles son relevantes y pertinentes y cuáles no lo son. Después de haberlo establecido, resulta indispensable formular una imagen coherente del problema que se estudia. Por ello, el joven estudiante de historia tiene en esa asignatura un estímulo constante para pensar y para expresar lógicamente sus pensamientos, vale decir, para hablar y para escribir.

4. Fomentar un sólido patriotismo

El estudio de la historia fomenta en el estudiante la formación de una conciencia nacional, es decir, el sentido de pertenencia a una comunidad amplia, más allá de su familia, de su grupo, de su clase. Con esa comunidad amplia comparte una historia común que crea lazos invisibles pero fuertes, que pueden ser identificados, asumidos y transformados en actitudes solidarias. Al propio tiempo, el patriotismo que fomenta la historia no es fanático, intransigente, falso: no es patriotería, sino verdadero patriotismo.

5. Fomentar la solidaridad y la comprensión internacionales

A poco que se profundice el estudio de la historia, saldrán a relucir rasgos comunes que unifican a las familias de pueblos. Entre nosotros, por ejemplo, se reconocerán las experiencias históricas comunes que unen a la comunidad latinoamericana.

A esas experiencias se suma, muy especialmente en nuestra época, la consideración de los problemas y el destino común de un mundo cada vez más interdependiente. Examinando, por ejemplo, la problemática ecológica desde una perspectiva histórica, es difícil no descubrir intereses comunes a toda la humanidad. La solidaridad entre los hombres resulta, así, un imperativo histórico. Y el patriotismo bien entendido no puede ser otra cosa que una concreción de la solidaridad con todos los hombres.

II. ¿COMO ENSEÑAR HISTORIA?

Digan lo que digan los manuales de pedagogía, la verdad es que en el Ecuador los profesores de historia tienden a usar métodos expositivos, en los cuales, conscientemente o no, se parte de la premisa de que el profesor es el que sabe y su papel es el de enseñar, mientras que el alumno no sabe y su obligación es la de aprender lo que el profesor le enseñe.

Ese tipo de métodos de enseñanza-aprendizaje conducen con frecuencia al memorismo, al verbalismo y al aburrimiento. Solo cuando el profesor es un excelente conferencista y cuando tiene mucha habilidad para motivar a sus estudiantes, pueden dar buenos resultados. En los demás casos, que son la mayoría, los estudiantes no se interesarán por la historia o terminarán odiándola, porque no comprenden qué sentido tiene su estudio.

Los métodos simplemente expositivos pueden lograr que los alumnos aplicados memoricen abundantes cantidades de información, relevante o no, y por lo mismo tienden a que se juzgue el éxito de la asignatura por la *cantidad* de conocimientos memorizados. Ese sistema de medida lo adoptan primero los profesores, quienes diseñan las evaluaciones del curso mediante preguntas casi exclusivamente de memoria. Después lo transfieren, por ejemplo a través de las calificaciones, a los padres de familia y a los mismos estudiantes. Por ejemplo, cuando la secretaria de nuestra anécdota dice que sus cursos de historia no le han servido para nada, está basando ese juicio principalmente en el hecho de que ahora ya no se acuerda, digamos, quien fue presidente del Ecuador en 1875, o cuando tuvo lugar la batalla de Miñarica. Ni a ella ni a casi nadie se le ocurre evaluar el éxito de esa asignatura por las actitudes, habilidades y formas de pensar que pudo haber contribuido a desarrollar.

De lo dicho se desprende que los métodos simplemente expositivos no son apropiados para lograr los objetivos formativos del estudio de la historia. Por eso es necesario ir hacia métodos activos, en los que el estudiante se vaya convirtiendo en el principal agente de su propio aprendizaje y el maestro llegue a ser el guía, director o facilitador de ese proceso, no el dispensador principal o único de la información.

Los tratados de didáctica hablan de diversos tipos de métodos activos para la enseñanza de la historia, por ejemplo, el estudio dirigido, el trabajo por equipos, el "método progresivo", etc. Sin pretender ni siquiera describirlos, queremos plantear que, en definitiva, los profesores de historia que deseen adoptar métodos más activos deben lograr que sus estudiantes LEAN, HABLEN Y ESCRIBAN sobre los temas que se deban tratar en clase. Anotemos, de paso, que estas tres habilidades básicas, leer, hablar y escribir, son fundamentales en la formación del ciudadano bien informado, el profesional capaz, el hombre culto: a su cultivo y desarrollo hacia niveles cada vez más críticos y profundos

puede contribuir el estudio de la historia, de manera poderosa y eficaz.

1. LEER

El estudiante de historia, así se trate de un niño de la escuela primaria, sabe ya leer. Es decir, conoce los rudimentos de esa habilidad siempre perfeccionable; con sus clases de historia la desarrollará, aprenderá a comprender y sintetizar textos más complejos, a leer con sentido crítico, a analizar lo que lee, de acuerdo a su capacidad y a la etapa educativa en la que se encuentre.

Para lograr que el estudiante lea, el profesor debe comenzar por determinar qué parte de la información que deben conocer sus alumnos, tiene que ser transmitida por el propio maestro y qué otra parte puede ser adquirida por el estudiante, leyendo. En términos ideales, y especialmente para los cursos superiores de la secundaria, se puede decir que la mayor parte de la información podría ser obtenida directamente por los estudiantes. En esos casos, el profesor podría casi abandonar su papel de transmitir información y podría dedicarse a trabajos más pedagógicos, como motivar a los estudiantes, ayudarles con sus problemas de aprendizaje, evaluarlos adecuadamente (no con preguntas que se le ocurren mientras va al aula para el examen), hablarles de lo que más sabe o más le apasiona, comunicarles sus puntos de vista sobre los problemas estudiados, etc.

Nuestra realidad escolar, sin embargo, dista mucho de ser ideal. Con frecuencia no hay buenos libros de texto: modernos, actualizados, objetivos, bien escritos y bien diseñados, adecuados al nivel de los alumnos. Otras veces, esos libros no están al alcance de los educandos, principalmente por su precio, ni es muy fácil organizar una eficiente biblioteca escolar. Por eso supone un gran trabajo por parte del maestro determinar qué parte de la información pueden adquirir directamente sus alumnos. En muchas ocasiones ese trabajo ni siquiera es principalmente intelectual o docente: puede consistir en adquirir los libros, realizar actividades para financiarlos, sacar fotocopias de las páginas pertinentes... Muchas de esas acciones ni siquiera deberían corresponder al maestro de acuerdo a los manuales de pedagogía, pero alguien debe realizarlas. Y es muy posible que el maestro consiga despertar el natural entusiasmo de los jóvenes para realizar ese tipo de tareas, con lo cual se habría conseguido, de paso, un adicional elemento formativo a propósito de la clase de historia.

En segundo lugar, el maestro debe determinar las fuentes específicas de información que deben utilizar los alumnos. Y aquí también surgirán de inmediato una serie de problemas concretos: ¿Existen suficientes ejemplares de esa obra? ¿Se encuentran en la biblioteca del colegio? ¿Es posible reproducirla, dada su extensión o los derechos del autor...?

Aquí el profesor debe asegurarse de que todas las reglas del juego sean justas y queden claras. Nada del libro "secreto" que solo él maneja y a base del

cual se formularán las preguntas del examen. Nada de las consultas tan complicadas o especializadas que en realidad constituyan un "deber" para los padres de familia, antes que para el alumno. Nada de datos intrascendentes y especialmente de obtener, como la consulta que pidió de un día para el otro aquel profesor que quería saber exactamente de qué grosor eran las murallas de la Bastilla, la fortaleza parisina que destruyó el pueblo al comienzo de la Revolución Francesa...

En tercer lugar, el profesor debería elaborar una "guía de lectura" que indicara desde las páginas que los estudiantes deben leer hasta las preguntas que deben ser capaces de contestar con la información que obtengan. No se trata de "leer por leer", sino de entender, analizar, juzgar.

Por último, el maestro debe evaluar el trabajo realizado por sus estudiantes, tanto porque un esfuerzo no reconocido ni tomado en cuenta desmotiva para las siguientes tareas, cuanto porque es necesario saber si todos leyeron y comprendieron, si existe algún problema especial, si se deben modificar los siguientes trabajos...

Como se ve, el hecho de que los estudiantes obtengan la información por sí mismos no significa que el profesor deje de trabajar.

2. HABLAR

Se pretende que el estudiante asimile la información que ha obtenido sea del profesor o de los libros. Para ello se necesita que reflexione sobre ella y formule los resultados de su pensamiento. La primera y más elemental manera de cumplir ese proceso es pidiéndole que hable sobre el tema.

Los "pretextos" para que el estudiante hable pueden ser muy variados. Una exposición individual o grupal sobre determinado tema, que podría también servir de evaluación de lo leído; un debate o discusión sobre asuntos específicos; una conversación con el profesor, sea como evaluación, sea para lograr que exprese sus opiniones sobre algún asunto polémico, etc.

Igual que en el caso de la lectura, la mayor actividad de los estudiantes no debe ser un pretexto para el menor trabajo del profesor. No se trata de que ellos "hablen por hablar", agravando así un defecto tan nuestro, sino que sus intervenciones han de ser cuidadosamente organizadas y planificadas. Al maestro le corresponde establecer de antemano los temas que se deben tratar y un calendario realista, precisar las formas de calificación cuando las intervenciones orales de los estudiantes deban ser calificadas, señalar los participantes para cada ocasión, de tal manera que todos deban mantenerse activos, etc.

3. ESCRIBIR

Para un joven de secundaria, escribir un ensayo propio sobre un tema académico, por más que sea breve y desde luego no sea "original" en sentido estricto, puede ser un desafío intelectual y una experiencia altamente formativa. Por eso, es importante que el profesor venza todos los obstáculos que se presenten y logre que sus estudiantes de historia se habitúen a escribir.

La frecuencia de esas tareas escritas, su carácter y extensión, pueden variar mucho dependiendo de las circunstancias concretas del curso. Y, como es natural, corresponde al profesor evaluar esas circunstancias y planificar dichas tareas.

En primer lugar él debe establecer los temas sobre los que se habrá de escribir. Deben ser temas adecuados a la edad, capacidad y experiencia de los estudiantes y que en lo posible les resulten interesantes. En segundo lugar, le corresponde fijar las características del escrito: desde su extensión aproximada (o mínima y máxima), hasta su grado de dificultad y su forma de presentación externa. También debe establecer si serán trabajos individuales o por equipos y, en este último caso, el tamaño de los mismos, de tal manera que se asegure una efectiva socialización del conocimiento y se evite que haya estudiantes que en la realidad no aporten nada al trabajo común. Además deberá sugerir el tipo de fuentes de información que podrán o deberán utilizar los estudiantes para su trabajo. Por último, tendrá que evaluar cuidadosamente cada trabajo de tal manera que pueda medir el progreso y el esfuerzo de sus alumnos y a la vez los estimule a nuevas empresas intelectuales. De nuevo, no se trata de que la actividad intelectual de los educandos sirva para disimular la falta de trabajo del profesor, sino que el papel del educador ha cambiado de sentido: ya no es quien proporciona información en sus clases, sino quien estimula y dirige a los educandos en su búsqueda.

Nada de lo dicho en esta breve nota es radicalmente novedoso. Al contrario, podría ser elaborado a partir de cualquiera de varias obras sobre didáctica de las ciencias sociales. En cierta forma, podría incluso decirse que simplemente reitera lo que los profesores ecuatorianos ya saben o ya han leído en otros artículos de esta "Aula Abierta". Y esto es así porque no se trata de proponer cada vez nuevas metodologías sino de seguir estimulando a los maestros para que se atrevan a adoptar algunos cambios quizá ya sabidos, pero que la educación ecuatoriana sigue reclamando con urgencia. Si en algo hemos podido contribuir para ello, ciertamente que nos daríamos por muy satisfechos.

BIBLIOGRAFÍA

El presente artículo se basa solo en parte en algunos de los títulos que listamos a continuación. Los citamos más bien porque pudieran servir a algunos de los lectores que quieran seguir reflexionando sobre estos temas. No son libros muy nuevos, como se podrá ver, pero los hemos seleccionado porque pueden ser consultados en algunas bibliotecas locales.

- Cantor, Norman F. y Richard Schneider,
1967 *How to Study History*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, 274 pp.
- Cornellas, José Luis,
1977 *Guía de los estudios universitarios: Historia*, Colección Ciencias de la Educación, Pamplona, Universidad de Navarra, 347 pp.
- Leif, J. y G. Rustin,
1961 *Didáctica de la historia y de la Geografía*, Buenos Aires, Kapelusz, 142 pp.
- Luc, Jean-Noël,
1984 *La enseñanza de la historia a través del medio*, Colección Diálogos en Educación, 10, Madrid, Cincel-Kapelusz, 154 pp.
- Poinssac-Niel, Josette,
1977 *La tecnología en la enseñanza de la historia*, Barcelona, Oikos-Tau, 240 pp.
- Ramallo, Jorge María,
1966 *Metodología de la enseñanza de la historia*, Buenos Aires, Guadalupe, 143 pp.
- Simian de Molinas, Susana,
1970 *El método retrospectivo en la enseñanza de la historia*, Buenos Aires, Angel Estrada, 179 pp.